

**INTERVENCIÓN DEL DOCTOR JOSÉ FÉLIX LAFAURIE RIVERA,
PRESIDENTE EJECUTIVO DE LA FEDERACIÓN COLOMBIANA DE
GANADEROS, FEDEGÁN, EN EL ACTO DE INSTALACIÓN DEL 34º
CONGRESO NACIONAL DE GANADEROS**

SANTA MARTA. 27 DE NOVIEMBRE DE 2014

Ganaderos de todas las regiones de Colombia, bienvenidos. Este 34 Congreso Nacional de Ganaderos es de ustedes, para ustedes, por ustedes, porque ustedes son la fuerza de la ganadería colombiana y de la representatividad de sus instituciones.

Bienvenido, señor Ministro de Agricultura y Desarrollo Rural, Aurelio Iragorri Valencia, no solo a este evento que convoca a la ganadería de todos los rincones de la patria, sino al ministerio que, sin duda alguna, tendrá la mayor responsabilidad en la transformación de Colombia durante los años venideros.

Póngale la firma. Si el país logra transformar la realidad económica y social del campo; llenarlo de institucionalidad, inversiones y oportunidades; si logra modernizar sus renglones productivos en un mundo ávido de alimentos, la violencia desaparecerá por sustracción de materia, porque la violencia se nutre de la ilegalidad, el abandono y la pobreza. Entonces la paz verdadera llegará como resultado.

Recuperemos el campo, que la paz se nos dará por añadidura. Quien logre articular en esa dirección las fuerzas políticas, las acciones del Estado y los propósitos de la sociedad, tendrá un lugar en la historia de Colombia. Y usted hoy está, señor ministro, justo donde el país lo necesita.

En 1963, Martin Luther King, con el imponente Monumento a Lincoln a sus espaldas, le gritó al mundo su versión del sueño americano. Un siglo había pasado desde que Lincoln proclamara la Emancipación en 1863, y tendría que pasar medio siglo más para que el país de las libertades y la democracia en América pudiera tener un presidente de raza negra.

Hay que tener sueños y proclamarlos sin descanso, para que calen en la conciencia colectiva y puedan transformar la realidad. Los grandes logros de la humanidad son resultado de la terquedad de sus sueños. Las grandes desgracias—la violencia y el delito— se cocinan en la indiferencia de sociedades indolentes.

Mi padre tendría mi edad cuando, hace cincuenta años, compartió con su generación sueños y propósitos que se convertirían luego en la Federación Colombiana de Ganaderos, FEDEGAN, cuando una reforma agraria expropiatoria, que mostró con resultados su ineficacia, pretendía colectivizar el campo al estilo de los modelos comunistas de la época, que fracasaron estruendosamente.

¿Cuál es nuestro sueño, cuál el horizonte de la generación que recogió las banderas de la seguridad, la recuperación del campo y la ganadería como sector económico y factor de convivencia?

Veo en el horizonte un gran país urbano que, por fin, descubre que el campo no es solo una finca de recreo cerca de las ciudades, ni el lugar

donde se libra una guerra ajena y lejana; un país que empieza a reconocer el esfuerzo detrás de lo que lleva diariamente a su mesa.

Veo en el horizonte un campo con vías que acercan a las gentes al desarrollo. Hace cuatro años propusimos un modelo participativo para la recuperación de la red terciaria, que fue apenas escuchado pero una vez más desatendido. Afirmábamos entonces que la recuperación vial tendría tanto o más impacto sobre la vida y la producción rural, del que tuvo la seguridad democrática. Y hoy lo seguimos sosteniendo.

Veo en el horizonte un campo que a lo largo de las vías se llena de negocios prósperos, de escuelas cercanas para los niños y centros de salud que son esperanza de atención y de vida para los enfermos. Un campo con los jueces, notarios, registradores y maestros públicos que necesita. Desde los ochenta, en medio de una Colombia rural incendiada de violencia, venimos gritándole a los gobiernos y al país entero, que la paz pasa sin remedio por la recuperación del campo.

Sueño con un sector rural ordenado productivamente, donde el campesino o el empresario sepan dónde y en qué aplicar sus esfuerzos. Un país rural con un sistema de catastro y un impuesto predial que no sean ciegos ni meramente alcabaleros, sino instrumentos orientadores de la política agropecuaria. Un catastro que dirima el conflicto entre vocación y uso de la tierra, con un predial diferencial que premie el uso adecuado y desestime sus desviaciones.

Hoy todo parece novedoso dentro de la Reforma Rural Integral que pretenden imponer las Farc desde La Habana, pero hemos sido los

ganaderos, y no ese grupo terrorista, quienes hemos presentado propuestas concretas hacia un catastro como factor de ordenamiento de la producción rural y de la ganadería en particular.

Porque también, por supuesto, tenemos un sueño para la ganadería; también adivinamos para ella un horizonte promisorio, como una actividad sostenible ambientalmente, rentable y con alto potencial exportador, con capacidad real de transformación económica y social de su entorno, y aporte sustantivo a la generación de riqueza nacional.

Cómo no adivinarlo, si el mundo tiene cada día más bocas que alimentar y nosotros producimos alimentos. Cómo no adivinarlo si el mundo necesita proteína y nosotros la podemos producir a gran escala. Tenemos para ello una gran oferta ambiental y una de las mayores capacidades hídricas del planeta. Tenemos disponibilidad de tierra en el trópico y, según la FAO, el 80% de la producción ganadera se moverá hacia los trópicos, donde hay luz solar todo el año. Contamos además, con litoral en los dos grandes océanos y somos vecinos del paso estratégico de Panamá.

Por eso lo nuestro, definitivamente, es un sueño posible que validamos todos los días. En un viaje reciente a China, Corea y Japón, pude constatar, una vez más, el enorme mercado a nuestra disposición. Aunque persiste la publicidad contra su consumo, lo cierto es que el mundo no come cuento..., quiere comer carne y no tiene suficiente.

De las ventajas comparativas a las competitivas

Y ahí estamos nosotros, con enormes ventajas comparativas y la pregunta a flor de labio ¿Cómo convertirlas en competitividad efectiva para la producción de carne y leche?

La respuesta es simple, y aunque está en todos los textos de administración, creo yo que se aprende más bien en la universidad de la vida. Pues superemos debilidades y neutralicemos amenazas, para utilizar mejor nuestras fortalezas en busca de las oportunidades. En otras palabras: aterricemos el sueño, que es lo que me propongo sin quitarle un ápice de optimismo a nuestro compromiso por alcanzarlo.

Fortalecimiento gremial y Asociatividad.

Nuestra principal debilidad tiene que ver con la forma de organizarnos para alcanzar la meta y, por lo tanto, es a nosotros a quienes nos corresponde la mayor responsabilidad. Las soluciones, amigos ganaderos, no siempre vienen de afuera.

Como representantes de la fuerza regional de la ganadería, nuestro reto, nuestra responsabilidad histórica es multiplicar todavía más esa fuerza; es convocar a una base ganadera cada vez más amplia; que potencie la acción gremial y llene de mayores contenidos la gestión en beneficio de nuestras propias regiones y de la ganadería como un todo.

En la producción lechera, una mayor asociatividad es un imperativo de subsistencia. Nuestras advertencias no han sido ni son apocalípticas. No nos interesa meterle miedo a nadie; nos interesa salvar a la ganadería de una catástrofe social y productiva, pues cuando se dé

una combinación de sobreoferta internacional y precios bajos, como los que se empiezan a registrar, los primeros en desaparecer del mercado serán los 280.000 ganaderos de subsistencia con menos de diez animales, y seguirán en lista los que estén por debajo del rango de los 50 animales.

¿Cuál es la solución? Unirlos alrededor de un objetivo compartido, bajo el liderazgo local de sus organizaciones y de FEDEGÁN como gremio cúpula. No habrá, al terminar 2015, una sola asociación de pequeños ganaderos en el país, que no tenga el decidido apoyo de FEDEGÁN para el logro de sus propósitos.

Pero la asociatividad no debe ser defensiva. No tenemos que agruparnos para defendernos de los mejores; tenemos que agruparnos para ser mejores y no tener que defendernos.

Agruparnos, por consiguiente, para que la asistencia, el financiamiento y todos los servicios gremiales y del Estado sean más asequibles. Agruparnos para generar economías de escala en los costosos insumos. Agruparnos para ser más fuertes en los mercados, para no ser 'ninguniados' por la industria ni por competidores internacionales. Agruparnos para sostener nuestro estatus sanitario y apurar el logro de certificar al país como libre de brucelosis y tuberculosis. Agruparnos para ser la fuerza que decide el promisorio futuro que está frente a nosotros.

Asociatividad es la consigna; es el reto de la hora, porque sin ella no hay futuro para la producción lechera, y con ella habrá más

oportunidades para toda la ganadería. Estaremos donde haya pequeños ganaderos asociados, y también donde haya pequeños ganaderos que quieran asociarse. Es un reto de productividad, es un imperativo ético, es una necesidad para enfrentar las amenazas, que esas sí vienen de afuera.

La inseguridad física sigue siendo la primera. Reiteramos nuestra confianza en el compromiso y coraje de nuestras Fuerzas Militares y de Policía; los héroes vivos de la patria, para quienes reclamo un aplauso cerrado. Pero advertimos, sin embargo, que si bien no se ha perdido el patrimonio de la seguridad democrática, sí se ha deteriorado sensiblemente en algunas regiones.

No lo digo yo, lo dicen los noticieros, que vuelven a registrar voladuras semanales de torres y oleoductos, mientras la extorsión campea por cuenta de las Farc y de todos los grupos ilegales. No lo digo yo, lo dicen los ganaderos del adolorido Cauca, Nariño, Caquetá, Arauca y algunos departamentos de la Costa Caribe, martirizados por la violencia inclemente de quienes hablan de paz y hacen la guerra. Lamentablemente, ha reaparecido en muchas regiones la vacuna por litro, por res y por hectárea, y volvemos a sumar a la triste lista de ganaderos secuestrados y asesinados.

El ministro de Defensa, Juan Carlos Pinzón, nos acompañará mañana en la sesión de clausura, para mostrarnos la real situación de la seguridad rural y para reiterarnos el compromiso de la Fuerza Pública, un compromiso del que nunca hemos dudado.

La inseguridad jurídica es otra amenaza que se cierne sobre la reconversión ganadera. Nos enfrentamos, como hace cincuenta años, a una reforma agraria expropiatoria como la del siglo pasado, que no disminuyó un ápice la pobreza rural.

Creemos en la afirmación reiterada del Gobierno, de respetar el derecho a la propiedad privada adquirida legalmente, pero lo malo es que también le creemos –y tenemos razones para hacerlo– a la amenazante posición expropiatoria de las Farc, que está detrás de la llamada Reforma Rural Integral.

Las razones saltan a la vista. El punto 1.1., del Acuerdo de La Habana, al identificar las fuentes que nutrirán el Fondo de Tierras es explícito. Para nadie son un secreto los pobres resultados de la extinción judicial de dominio, atorada en una telaraña de testaferros y amenazas. Apenas 89.000 hectáreas se han logrado arrebatarse a las mafias en más de veinte años. Para nadie es un secreto el conejo que los paramilitares le hicieron a la Ley de Justicia y Paz con la devolución de tierras para reparar a sus víctimas.

Tampoco es un secreto el fracaso del Gobierno en la recuperación de baldíos de la Nación adquiridos ilegalmente, como acaba de reconocer el Superintendente de Notariado y Registro, ni el paso lento de la restitución de tierras, con apenas 79.000 hectáreas.

La guerrilla, arrogante, pide veinte millones de hectáreas para regalar en zonas de reserva campesina bajo su control político. El Gobierno estima la necesidad en tres millones de hectáreas. De hecho, esta diferencia abismal es una de las salvedades pendientes con las Farc.

Pero tres o veinte, ante el fracaso de las principales fuentes del Fondo para distribución gratuita de tierras, ¿qué nos queda? La nuestra. Van detrás de las 38 millones de hectáreas ganaderas. No les quepa duda que, para tal propósito, se echará mano de la extinción administrativa de dominio por incumplimiento de la función social y ecológica, y de la expropiación con indemnización por motivos de interés social o de utilidad pública. Es más fácil que seguir capoteando a peligrosos narcotraficantes y paramilitares, o a elegantes aviatos de cuello blanco.

Es cierto que se trata de figuras de vieja data en la legislación colombiana. Es cierto que no se negoció nada nuevo en el acuerdo, como afirma el Gobierno, pero sí se negoció la utilización intensiva de la normatividad existente, si fuera necesario, y tengan la certeza de que será necesario, a propósito de lo firmado en La Habana sobre tierras.

En Colombia no existe un sistema de catastro rural, técnico y actualizado, que se erija en juez de la ocupación de la tierra. En Colombia no hay una legislación ambiental consolidada y, menos aún, una institucionalidad técnica que la respalde. Las CAR –es verdad sabida–, con honrosas excepciones se han convertido en feudos políticos regionales y, en no pocos casos, en fuentes de corrupción.

¿Quién decidirá entonces sobre los motivos de interés social o utilidad pública?, ¿acaso las comunidades controladas por las Farc, que aparecen en toda la reforma? ¿Quién decidirá sobre el incumplimiento de la función ecológica?, ¿acaso el anónimo funcionario de una CAR o del Incoder, que podrá iniciar un proceso de extinción de dominio contra cualquiera de nosotros por afectación ambiental?

¿Cómo juegan los estigmas que pesan sobre el gremio, alimentados con cizaña por las Farc y la izquierda democrática? ¿Quién nos garantiza neutralidad y debido proceso? Nos han calificado de apocalípticos y mentirosos, pero la amenaza es real, ganaderos de Colombia, y no mentiras falaces del presidente de FEDEGÁN.

Lo nuestro no es oportunismo ni oposición política; es defensa válida de los intereses irrenunciables de un gremio que nació ante la amenaza, hace cincuenta años, de la acción expropiatoria de la reforma agraria. No nos deja mentir la memoria tutelar de Guillermo León Valencia, definitivo en esas horas difíciles del sector rural colombiano. Lo nuestro es una posición coherente y pública, recogida en el Libro "Pensamiento Económico y Social de FEDEGÁN, que le entrego, señor ministro, como testimonio y, también, como elemento pedagógico para los ganaderos y la opinión en general.

El futuro incierto de la economía es otra amenaza, no solo porque nadie sabe a ciencia cierta cuánto cuesta reparar medio siglo de abandono, sino porque los expertos, aun los más optimistas, vaticinan que el crecimiento por encima del 4% no se podrá sostener más allá

de 2015, con el precio del petróleo descuadrando los ingresos del Gobierno y, por ende, haciendo tambalear, una vez más, la recuperación del campo, que hoy llaman posconflicto.

Y está, por supuesto, la incertidumbre derivada de las negociaciones con las Farc, un tema que tenemos derecho a plantear los ganaderos, sin ser calificados por ello de opositores o de enemigos de la paz.

Nuestras preguntas no son nuevas: ¿Entregarán las Farc las tierras despojadas para alimentar el Fondo que quieren constituir? Una sola finca de las Farc, afirmaba un diario hace unos días, ¡una sola!, podría alcanzar las 900.000 hectáreas.

¿Entregarán la ubicación de los campos minados, ni siquiera como moneda de cambio en la negociación, sino como gesto de humanidad? ¿Reconocerán y repararán a sus víctimas, y darán información sobre los desaparecidos, para que podamos enterrar a nuestros muertos?

¿Reconocerán su participación directa en el narcotráfico y pondrán sobre la mesa sus millonarios ingresos?, sin esperar que entreguen rutas y nombres de sus cómplices, porque eso es mucho pedir. ¿Se bajarán de su arrogancia, que hierde tanto como sus balas y sus tatucos, y le pedirán perdón al país?

Nadie es enemigo de la paz. No estoy convocando al odio ni a la intolerancia, pero no podemos desconocer que tantos años de violencia terrorista han arrastrado demasiado dolor ganadero. Ahí está

el Segundo Informe de “Acabar con el Olvido”, que presentó la Fundación Colombia Ganadera en 2013 como testimonio de esta barbarie contra nuestro gremio. Son los nombres de cerca de 7.000 ganaderos, los nombres de 7.000 de los nuestros, que se han declarado víctimas de todos los delitos y todos los victimarios.

El perdón, ganaderos de Colombia, se puede otorgar, generoso y unilateral, pero en este caso debe pedirse, porque pedir perdón significa arrepentimiento, y arrepentimiento significa no repetición. Y entendemos que de eso se trata el proceso que adelanta el Gobierno.

De lo que no se trata es de legitimar en la mesa y garantizar impunidad a quienes asesinaron a miles de ganaderos y secuestraron a otros tantos durante años. Muchos de ustedes guardan todavía ese luto, muchos ya perdonaron, ninguno podrá olvidar.

No sabemos a dónde llegará el proceso de La Habana; si habrá acuerdo y cuándo lo habrá, ni cómo será refrendado. Pero en estas etapas decisorias, el país tiene derecho a mayor participación en la definición de lo que ha de ser su propio futuro, más allá de los foros programados y contruidos desde La Habana para validar sus acuerdos.

Por eso acompañamos la pertinente y oportuna propuesta del Procurador General de la Nación, Alejandro Ordóñez, de abrir espacio a la reflexión y el debate ciudadano sobre los temas de la negociación.

Lo invitamos, señor Procurador, a que no baje esa bandera que ha levantado como garante de los derechos de todos los colombianos.

La más reciente amenaza viene por cuenta del impuesto a la riqueza, que termina siendo confiscatorio para la ganadería, cuya generación de ingresos no guarda relación con el valor sobreestimado de la tierra, en la mayoría de los casos fruto de un ahorro intergeneracional que no tiene precio a valor corriente. Por ello es válido el aforismo según el cual el ganadero solo es rico cuando deja de serlo o cuando se muere. El estimado para 2013 del avalúo catastral de la tierra calificada como ganadera, asciende a 132 billones de pesos, y descontado el cálculo de quienes no son sujetos del llamado impuesto a la riqueza, la transferencia tributaria de la ganadería no sería inferior a 1,7 billones de pesos, que no se compadece con la necesidad de recursos que la propia ganadería requiere para su modernización urgente.

Después de cuatro años de pérdidas recurrentes y baja rentabilidad, los solos desastres ambientales, los Niños y Niñas sucesivos, dejaron una pérdida de 4,3 billones de pesos y, sin duda, la caída del inventario en dos millones de cabezas, sumada a los paros agrarios de 2013 que usted como ministro conjuró, dan cuenta de la mala situación del sector rural, incapaz de pagar el impuesto a la riqueza.

Llegará el día, cuando se cumplan las promesas de recuperación y generación de condiciones para el desarrollo, que la ganadería adquirirá una capacidad importante de aportar a los ingresos de la Nación, pero hoy, todavía el palo no está para cucharas.

Hacia las oportunidades: las propuestas

Y ahora, parafraseando a Ortega y Gasset en famosa proclama a los argentinos para convocarlos a la acción, la consigna debe ser: ¡A las cosas, ganaderos, a las cosas! Habrá que superar nuestras debilidades y ahí estarán siempre las amenazas, pero no podemos dejar de trabajar en la construcción de nuestro sueño, en ir por nuestras oportunidades.

Señor ministro, con franqueza y pragmatismo, usted le manifestó a la Junta Directiva de FEDEGÁN que, de la misma manera que habrá recuperación del campo, con las Farc o sin ellas, la modernización ganadera se hará también con nosotros o sin nosotros. Aceptamos su reto, pues con el mismo pragmatismo tenemos que decirle que los ganaderos no podemos modernizar la ganadería sin el Gobierno.

Las propuestas son concretas y las ponemos hoy sobre la mesa.

Los Sistemas Silvopastoriles son parte del gran futuro de la ganadería. Por eso sueño con una ganadería moderna, que se encoge territorialmente pero crece en productividad y en respeto a la naturaleza, que podemos lograr con sistemas de producción ganadera sostenibles.

Acompáñenos al departamento del Cesar, señor Ministro, y allí le mostraré primero el desastre ambiental de la cuenca del Río Cesar, hoy a punto de fundir su valle fértil con el desierto de La Guajira, y

luego le mostrare la capacidad restauradora de la nueva ganadería, sostenible y orgánica, que estamos construyendo bajo el liderazgo de FEDEGÁN.

Recientemente visité una explotación silvopastoral con el embajador del Reino Unido y el presidente del Banco Mundial para América Latina, y no se imaginan su sorpresa y su satisfacción, al constatar la acertada decisión de sus donaciones al programa de Ganadería Colombiana Sostenible. Estoy seguro, ministro, de que usted también comprará el sueño de meter toda la ganadería actual en la mitad del territorio que hoy ocupa, pero doblando o triplicando el tamaño de su hato.

Los sistemas silvopastoriles son, de lejos, el mejor instrumento de compensación por los daños ambientales de la gran industria extractiva. Por eso, mañana le haremos al ministro del Medio Ambiente una propuesta clara. La creación del Fondo de Compensación Ambiental con dos objetivos que se encuentran: el de la industria, de cumplir con sus obligaciones de restauración, y el de la ganadería, de avanzar en su reconversión a partir de los sistemas de producción sostenible.

La restauración de un millón hectáreas degradadas costaría diez billones de pesos con sistemas convencionales, pero con el concurso de los ganaderos y el apoyo del Fondo de Compensación Ambiental para la financiación de un ICR del 40%, apenas superaría los dos billones de pesos. Ese es nuestro primer reto, señor ministro.

El segundo tiene que ver con una oportunidad que no podemos dejar escapar. La carne –ya lo vimos– está rodeada de todas las ventajas comparativas para su producción, pero tenemos que hacer la tarea.

Si hacemos lo que no ha sido posible en quince años, después de los Conpes de 2005 y los de 2010, y de leyes y decretos que no soportaron la presión de la informalidad; si usted nos ayuda a destrabar esa maquinaria, señor ministro, la ganadería le puede garantizar exportaciones de carne de 500 millones de dólares para 2015 y mil millones para 2018.

Ningún otro producto tiene semejante potencial. Por eso la carne está llamada a ocupar lugar de privilegio en nuestra oferta exportadora, porque ningún otro *commodity*, como la carne, ha logrado doblar su precio en los últimos diez años, como lo volverá a hacer de aquí a 2020.

La carne puede ser factor de equilibrio en la descuadrada balanza comercial. En los primeros nueve meses de 2014, las importaciones crecieron un 7,5% y las exportaciones cayeron el 2%, con un déficit de 2.200 millones de dólares, que no se veía desde 1998. Por primera vez en este siglo registramos déficit comercial con Estados Unidos, que puede llegar a 3.000 millones de dólares, cuando antes del TLC teníamos superávit de 6.800 millones. La industria, sin café y petróleo, tendrá un saldo negativo en su balanza comercial, del orden de los ¡35.000 millones de dólares!

Hay que mirar al vecindario del Cono sur –Brasil, Argentina y Uruguay– para darse cuenta del potencial de generación de divisas de la carne y de su enorme peso en esas economías; para validar desde afuera que el nuestro no es un sueño imposible, sino una oportunidad irrepetible.

La tarea inmediata, señor ministro, es lograr la admisibilidad de nuestros productos, para que adquiera sentido la enorme inversión ganadera en la erradicación de la fiebre aftosa, del orden de los 600.000 millones durante los últimos quince años. La tarea es acelerar la erradicación de la brucelosis bovina, para lo cual FEDEGÁN, como lo ha venido haciendo desde 2007, con una inversión que sobrepasa los 19.000 millones de pesos, seguirá subsidiando el costo del biológico.

La tarea es devolverle a la trazabilidad el dinamismo que le marcó la administración de FEDEGÁN en sus comienzos. La tarea es, de una vez por todas, contar con el Sistema de Vigilancia y Control de inocuidad, tantas veces prometido, que todavía no vemos viable en cabeza del INVIMA

El tercer reto es quitarle a la ganadería de leche la amenaza del choque externo, mas no con instrumentos de protección que ya no existen, sino a partir de su urgente reconversión productiva. Ya presentamos un proyecto de Ley para la reconversión lechera, hoy olvidado en el limbo de unas mesas de trabajo que se ofrecieron y tampoco se cumplieron.

También en el proceso urgente de fortalecimiento de la asociatividad necesitamos el acompañamiento de recursos del Estado que promuevan esa conveniente concentración. Todo lo que usted pueda hacer para evitar una catástrofe social en las cuencas lecheras minifundistas, se lo agradecerán mañana esos campesinos vulnerables, se lo agradecerá el gremio ganadero y, principalmente, se lo agradecerá la paz de Colombia.

Estas propuestas, ministro, no hacen parte de un discurso gremial de ocasión. De hecho, FEDEGÁN y los gremios ganaderos regionales, con el acompañamiento del Fondo Nacional del Ganado, participaron con entusiasmo y seriedad técnica en la convocatoria del Pacto Agrario, como ningún otro gremio, tenga la seguridad, señor ministro.

Y sea esta la oportunidad para hacer ese reconocimiento, porque la exitosa gira de “Foros Ganaderos Regionales – Visión 2014 – 2019, fue posible gracias a la capacidad de gestión y convocatoria de las organizaciones gremiales que muchos de ustedes representan.

A través de los CONSEA en todo el país, señor ministro, se presentaron ¡325 proyectos! por más de ¡140.000 millones de pesos!, que bien puede constituirse con su apoyo en la cuota inicial de la reconversión ganadera desde las regiones.

Sobre su escritorio se encuentra el “Plan de Acción para el mejoramiento de la productividad y rentabilidad de la ganadería

colombiana, con enfoque regional, incluyente y de cadena”, con metas, coberturas, acciones y presupuestos para los próximos cuatro años.

Le hago entrega también, como la haré mañana al Director del Departamento Nacional de Planeación, Simón Gaviria Muñoz, del Plan de Desarrollo Ganadero 2014 – 2019, en el que ponemos a disposición de la modernización ganadera la Caja de Herramientas diseñada y probada por FEDEGÁN y los dos fondos parafiscales administrados.

Tenemos que hacer la tarea, señor ministro. Es urgente alinear la política pública en la dirección correcta, hacia la recuperación del campo y el fortalecimiento de sus renglones con mayor potencial. Usted tiene las cartas en sus manos. Juéguelas en favor del sueño de la modernización ganadera.

El campo y Colombia se merecen ese cambio fundamental que usted puede iniciar desde el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, hoy por hoy, la posición más estratégica para el futuro de la patria.

Esa patria a la que hoy queremos reiterarle que los ganaderos no somos enemigos de la paz. Que la anhelamos más que cualquier otro colombiano, porque hemos sido víctimas de todas las violencias.

La patria a la que también queremos decirle que la paz no se negocia ni se exige; se construye entre todos, con el liderazgo del Estado a

través de políticas públicas orientadas a la paz. Queremos decirle que no estaríamos buscando con angustia esa paz esquiva, si el país no hubiera abandonado el campo a merced de los violentos. Queremos decirle que quien de verdad quiere la paz, no hace la guerra; que quien quiere la paz, ayuda a construirla y no la destruye.

Queremos ratificar el compromiso de FEDEGÁN con los pequeños ganaderos que le madrugan al ordeño y para los que sus animales todavía no son un número sino un nombre. Con ellos, seguirá creciendo orgullosa la ganadería colombiana; Sin ellos, podrá seguir siendo una ganadería grande, pero dejará de ser una gran ganadería.

Ganaderos de Colombia:

El país y la ganadería viven momentos de incertidumbre. Pero en medio de esa zona gris de las negociaciones con las Farc, encontramos motivos para el optimismo, porque el campo ha vuelto a ser el centro de las miradas de los colombianos.

Y en medio del campo, para bien o para mal, estamos los ganaderos, que nos hemos de unir en muralla para defendernos de las amenazas.

Ganaderos que hemos de salir a dar la batalla por los mercados, sin olvidar su compromiso con la seguridad alimentaria del país.

Ganaderos verticales en la defensa de sus posiciones e intereses, pero siempre respetuosos de la diferencia y de las instituciones.

Ganaderos líderes en el cambio hacia una actividad más sostenible.

Ganaderos solidarios con los pequeños productores campesinos.

Ganaderos dignos en sus demandas al Estado por seguridad física y jurídica respecto de sus derechos a la libre asociación, a la libre expresión y la legítima propiedad de la tierra.

Ganaderos comprometidos con la recuperación del campo sin exclusiones, un campo donde quepamos todos, factor de desarrollo nacional y proyecto de vida digno para sus pobladores.

Ganaderos respetuosos del imperio la Ley, del orden que pregona nuestro escudo y de la paz que se nos dará como resultado.

Porque la paz, ganaderos de Colombia, no se negocia, se construye entre todos los colombianos que la anhelamos.

Muchas gracias.